



Narrativa popular: Inka Unibo

Popular Narrative: Inka Unibo

Crescencio Ramos Mendoza de la
Universidad de Caracas - Venezuela
crramosme@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0002-7655-6174>

RESUMEN

Los relatos fundacionales de los pueblos amazónicos ubicados en la selva baja central recogen las experiencias culturales desde una “edad de piedra” dramatizada para así, en base a su superación, glorificar a los héroes y reclamar la pertenencia de los hechos y seres vivos en mutua interacción, describiendo así un orden cosmogónico íntimo. A manera de exposición de sus razones para el entendimiento de ese orden, muestran el autoreforzamiento principista, lindando con la religión que pocos misioneros y exploradores fueron capaces de percibir en ellos, dentro de los cánones de una literatura étnica propia, que gracias a la recopilación etnográfica tenemos ocasión de conocer.

ABSTRACT

The founding stories of the Amazonian peoples located in the central lowland collect cultural experiences from a “stone age” dramatized so, based on their improvement, glorify the heroes and claim the belonging of the facts and living beings in mutual interaction, describing thus an intimate cosmogonic order. As an exposition of their reasons for understanding that order, they show the principled self-reinforcement, bordering on the religion that few missionaries and explorers were able to perceive in them, within the canons of their own ethnic literature, thanks to the compilation ethnographic we have occasion to know.

PALABRAS CLAVES | KEYWORDS

Dios Bari, Inka, Unibo, Kakataibo, Nishibo.
God Bari, Inka, Unibo, Kakataibo, Nishibo.

Inka Unibo

Dios Bari creó al Uni (hombre kakatar). Elaboró de arcilla fina. Tendió el barro (greda) en el suelo, le hizo el cuerpo completo, no le faltaba nada, viendo todo formado ordenó a su hechura: “Levántate, camina ...”. El hombre de arcilla se levantó y empezó a dar los primeros pasos y a caminar. Era muy alto, al desplazarse en el campo chocaba la cabeza y el cuerpo con las ramas de los árboles, no podía inclinarse fácilmente. El Padre Sario vio que la estatura del Uni a quien había formado era excesiva, debía acortarse, y ordenó una vez más a su nueva creación: “Tu talla no está bien, échate ...”; cuando el nuevo ser yacía en el suelo le cortó parte de las extremidades inferiores y superiores, le recompuso y en seguida le dijo: “Ahora levántate, camina, camina rápido”, el hombre se levantó, y empezó a caminar por segunda vez, el Padre Sario vio que su hechura estaba muy bien, ya no era muy alto, sino mediano, ya no chocaba con las ramas de los árboles al desplazarse en el bosque. Entonces, muy contento, el padre le dijo: “Ese va a ser tu tamaño, te vas a llamar Uni, tus descendientes se llaman Unibo y te vas a alimentar de *chamakuti*¹. Luego de haber creado Dios Bari al hombre, también creó a la mujer para su compañía y pareja del Uni. Dios Bari estaba contento al contemplar su creación. A continuación dijo al primer humano: “Tú vas a poner el nombre de todo: los ríos, de las plantas y animales ...”. El Uni, antecesor de los Kakataibos, obedeció a la orden de su creador y puso el nombre de todos los ríos: Karara (*Zúngaro Yaku*), Pachitea (Río Grande). Awaiti (Río Grande-Aguaytía), Wanyaka (Río San Alejandro). El primer Uni anduvo por doquier, del Pachitea, Aguaytía, San Alejandro, llegó al Ucayali. Cumplió también con otros mandatos de su creador. Dios Bari aún seguía aquí en esta tierra, dando instrucciones a su hijo Uni, para que more y gobierne a su generación. Pero otro día le dijo: “Te he acompañado muchos días. Ahora ya me voy, voy a ir allá arriba –apuntó al cielo–, de allá te voy a cuidar, pero tú y tus descendientes van a vivir, con tus mujeres y tus hijos. Tu hermano mayor va a venir pronto. Ellos van a enseñar muchas cosas ...”; el Padre Bari se fue, dejando al Uni y a su pareja y a sus hijos. Moraban en sus chozas.

Habían pasado muchos años desde que el creador de los Unibos se fue de la tierra, los Unibos ya eran bastantes, pero sólo comían juntos, no sabían cazar ni pescar. Llegaron a saber de la existencia de hombres de otras regiones, quienes vivían lejos, como los Campas, Amueshas, Shipibos y otros, pero el Padre Bari les había puesto en la selva a los Unibo para que moren y se procreen y dominen toda la región. Pero cuando pasaban los años, los Unibo se dan cuenta sobre la ocupación, cercana de otros hombres, quienes no eran sus vecinos, los Unibo no conocían la candela. Supieron después que sus vecinos tenían candela que servía para protegerse del frío, para cocinar alimentos y que, mediante el fuego, era posible ahuyentar los mosquitos. Se preguntaban cómo podrían conseguir la candela. Sus vecinos también tenían cultivos de yuca, maíz, camote, maní, vivían mejor que los Unibo.

Se dice que antiguamente todos los hombres hablaban el mismo idioma, podían comunicarse y entenderse enteramente sin trabas.

Los Unibo en una reunión de familias acuerdan trabajar juntos, unidos. “Nosotros somos hermanos, tenemos que ayudarnos”, dijo el jefe; querían estar unidos para conseguir plantas de cultivo y la candela. El padre Unibo les dijo al hijo primogénito: “Tú que eres mayor, dígame al vecino que te regale plantas de yuca para sembrar en nuestra chacra”; el hijo mayor fue en busca de la planta de yuca, al llegar donde el vecino, le suplicó para que le regale palo de yuca. El dueño le proporcionó el pedido después de haber raspado la corteza del tallo de la planta, cuando retornó el joven a casa sembraron

¹ *Chumákuti*, fruto parecido al caimito cuyo fruto es lechoso, con protuberancia acentuada, tiene la punta como un seno turgente de mujer. La resina de la corteza, “leche-leche”, es medicinal. La planta es más alta que el caimito, los indígenas eventualmente lo cultivan, pero mayormente crece en estado silvestre.

el tallo de yuca y nunca creció, posteriormente enviaron a *Chiricle* (el oso) en busca de la candela, porque los Unibo no conocían el fuego. El vecino le preguntó: “¿A qué has venido?”; el mozo le explicó: “Queremos que nos regales tu candela, nosotros no tenemos, queremos tener”. El vecino le respondió: “Aquí no hay candela ...”. Tomó el tizón y lo introdujo en el agua. “Aquí está, llévate si quieres”. El Chiricle, al darse cuenta de la maldad del vecino, se fue dejando el tizón apagado. Al retornar les dijo a sus hermanos: “No me ha querido dar su candela, el vecino ha metido el tizón al agua”.

Ante la negativa y desprecio de los vecinos, se reunieron todos. Además se les unieron los mamíferos pequeños: carachupas, añujes, majaces, ratas, etc; decididos a hacer guerra con los vecinos malvados. Para eso deciden cavar muchos huecos o túneles alrededor de las casas y del pueblo. El trabajo principal lo hacían los *jan* y las carachupas. Los vecinos no se daban cuenta del trabajo que hacían, ni de sus planes.

Los animales abrieron varios túneles, después se comunicaron y se introdujeron muchos de ellos a los túneles para cercar a los vecinos malvados; a continuación atacaron de todos los lados, les destruyeron despiadadamente; los sobrevivientes pedían perdón, suplicaban. Al tomar al pueblo vecino cogieron lo que encontraron: las perdices se frotaban sus cuerpos con cenizas. Otros, como la perdiz nocturna, se frotaban sus canillas y por eso sus canillas quedaron color cenizo. El guacamayo se frotaba el pecho con las cenizas, el añuje se tiznaba con el carbón el cuello y los pelos, y hasta con la sangre de los muertos enemigos. Por eso el poste quedó rojizo. Luego se apoderaron de las plantas de yuca, maíz, camote, maní, y árboles frutales, de todo lo que poseían sus vecinos.

Había ocurrido una guerra nunca antes vista. Se dice que por esta acción criminal los animales perdieron sus madres. Entonces éstos empezaron a hablar distintos idiomas y no se entendían. Dios les había castigado. Desde aquella vez se separaron porque su hábitat para cada uno era diferente. El guacamayo dijo: “Yo me voy volando alto, me voooooy”, y se fue volando cerca de las nubes; la perdiz dijo: “Yo no voy a volar alto, mejor voy a volar bajo”, y se fue al monte. El añuje dijo: “Yo me voy a vivir en el hueco”, y al final la carachupa dijo lo mismo. Cada especie de animal se dispersó. Se cuenta que quienes han atacado a sus vecinos malvados eran los Unibo, los hombres malos eran los antepasados de los Shipibos. Dicen que ellos han nacido de la cocha, de allí nacieron y salieron gritando. Eran hijos de sapos y croaban incansablemente en las madrugadas y en las noches. Estos sapos, con el tiempo, se han convertido en humanos, esos son los shipibos. Ellos vivían y seguían viviendo en las orillas de los ríos y en el canto de las cochas, comiendo pescado.

El padre Uni y sus hijos moraban en sus chozas. Un poco alejados de sus tambos habían construido una chocita. Dentro de ésta permanecía colgado un cesto grande donde guardaban pequeños productos de artesanía; todo el contorno de la chocita estaba muy bien despejado limpio (así eran antes las casitas de los paisanos), vivían tranquilos, pero sin olvidar al padre que se había alejado de ellos.

Un buen día el padre Uni, el primer hombre que hizo Dios Bari, escuchó un ruido estruendoso. El sonido extraño se produjo en la chocita donde estaba colgado el cesto. Una vez más el hombre oyó el ruido estrepitoso. El padre Uni, jefe de la familia, recordó el anuncio del padre Bari, quien les había dicho que vendría el hermano mayor. Fueron a la choza aislada, vieron el cesto. Allí encontraron dos huevos descascarándose. Nadie ha puesto los huevos, Dios Bari había mandado para que pongan en el cesto. Al tiempo de rajarse la cáscara del huevo habría generado fuerte ruido. Entonces el Uni recordó el mensaje dejado por el Padre Bari, y les dijo a sus hijos: “Nuestro hermano se está formando, cuando nazca vivirá con nosotros, va a crecer con nosotros. Nuestro padre Bari ha dicho que pronto vendría nuestro hermano mayor, y ahí está, se está formando”.

Al día siguiente volvieron a ver el cesto y al aproximarse vieron dos criaturas, hermosas

gorditas como pollitos que han salido del huevo; al verlas, el jefe Uni, con mucho cariño, dijo: “Que crezca más, dejémoslas por ahora”. A los tres días volvieron a ver a los dos criaturas, notaron que eran más grandes, podían erguirse, dos niños, un varón y otra mujercita. El padre Uni dijo: “Nuestros hermanos mayores que crezcan más para que vengan con nosotros”. A la semana fueron a ver otra vez y hallaron a los niños más grandes, podían pararse, estaban en condiciones de comer, el Uni y su familia los veneraban, los veían con admiración y mucho respeto.

Después de los siete días llevaron a casa del jefe los dos criaturas y recibieron cariño de todos, las atendían con mucho esmero; pronto los niños crecieron, se hicieron jóvenes, hablaban el mismo idioma que los Unibo; ambos jóvenes, siendo hermanos, convivían, eran pareja. Ellos les enseñaban a los Unibo la forma de alimentarse con frutos y raíces. Siempre iban al monte, les hacían conocer las plantas medicinales, plantas ornamentales, plantas comestibles, plantas con propiedades curativas y alimenticias; les enseñaron a cazar y a pescar, porque antes los kakataibo, solo se alimentaban de frutos del monte.

Eran los hermanos Inka que el Padre Bari los ha dejado en el cesto, en condición de huevo y de allí nacieron y crecieron rápidamente. El hombre enseñaba a los varones a cazar y elaborar instrumentos, construir balsas y canoas; la mujer enseñaba cosas de mujeres: a tejer, a hilar con fibra de algodón de todo color; blanco, marrón, y cenizo. Antes no conocían fibra de algodón, ni la planta. El día menos pensado encontraron fibra de algodón, en el cesto, en forma de espuma del agua, y en la fibra encontraron las semillas. Estas semillas las sembraron en sus chacras, desde entonces cultivaban algodón; de esta fibra siempre tejían sus ropas.

El Inka les llevaba a los varones al río para construir balsas y canoas de madera fina. El Inka les enseñaba a cantar. Cantaban una gama de canciones: para calmar el dolor, para alegrar el alma del angustiado, para tomar fuerza, para adorar el Sol en las mañanas, para calmar la rabia de los temblores, para generar la lluvia; cantar para que haya buena cosecha, buena caza, buena pesca. Sabía soplar con fines de curación de muchos males que aquejaban el cuerpo y el alma, para alejar a los malos espíritus y auscultar muchos secretos más.

El Uni y sus descendientes le decían al Inka “Papá”, le tenían mucho respeto y cariño; un día, cuando estuvieron andando cerca del río, el Uni le dice al Inka: “Papá, aquí el agua es seria, el río Pachitea arrastra agua turbia”, “No sirve para beber”, dijo el Inka con preocupación, y al acercarse al Puerto Inka de hoy, aproximándose al pie de una colina de una altura de unos cincuenta metros, con fuerte golpe introdujo a la roca viva la mano con puño cerrado, hasta el antebrazo, y el agua cristalina empezó a manar en chorros. Al ver que había abundante agua, nuevamente con fuerte impulso golpeó la roca en varias partes, introduciendo la mano y el antebrazo. De todos los agujeros manaba agua cristalina, hay como media docena de piletas en roca, proporcionando agua a los pobladores de Puerto Inka. Hecho esto el Inka les dijo: “Esta agua van a beber”. Muchas cosas hizo el Inka para que aprendan los Unibo; la gente le admiraba al hermano mayor, quien tenía *poder* inteligente, pero otros al parecer le tenían envidia, querían ser iguales o mejores. Un día el Uni padre llega ser viejo y le dice a sus hijos: “Nuestro padre ha vivido mucho tiempo con nosotros, hay que hacer una balsa para enviarle lejos, que se vayan de viaje”. Diciendo aquello el Uni padre les convenció a sus hijos, ellos querían vivir solos, porque ya habían aprendido bastante. Sus hijos no entendían bien el plan de su padre, pero tenían que obedecer.

Ha pasado bastante tiempo desde la aparición de los hermanos Inkas. El Inka y su pareja, que era su propia hermana, vivían varios años con los Unibo, eran ya adultos y no habían procreado hijos distintos, pero por temor nadie decía lo que pensaba.

El plan del viejo Uni seguía adelante, les decía a sus hijos: “A nuestro padre vamos

a mandarle a otro lugar, muy lejos, que se vaya por el río; vamos hacerle una balsa calladito nomás, él no debe saber”, quería deshacerse de sus hermanos Inka, que les habían enseñado tanto. Entonces prepararon la balsa. Cuando lograron construir esta movilidad, un buen día, aparentando, el Uni padre le dijo al Inka: “Papá, nosotros vamos a irnos de aquí a otro lugar, ¿con quién podrían vivir mejor?, nos esperaran en una balsa río abajo”, le convencieron al Inka para su partida en la embarcación. El Inka y su pareja subieron a la balsa, y los Uni los empujaron en la embarcación al medio del río Pachitea. Al alejarse la balsa al medio del río, ante la mirada asombrosa de los Unibo se transformó en un barco que nunca había visto; hombres y mujeres se asustaron al ver el barco, miraban con profunda admiración y con temor a la vez. “De repente van a regresar y nos pueden castigar por nuestra mala actitud”, dijeron. El Inka, y su pareja en una enorme embarcación se fueron río abajo.

Posteriormente, otros indígenas de otra etnia les dijeron a los Unibo que Padre Inka se encontraba río abajo; “¿Por qué no traen a su padre? Deben traerlos para que estén con ustedes”, les sugirieron los Shipibo. Los Unibo no fueron pronto, por temor. Después se animaron, fueron a buscar y enviaron al hijo mayor, quien cumplió con su misión, retornó junto con la pareja Inka.

Los Unibo continuaron viviendo en compañía del Inka que, con su pareja vivían como antes trabajando, pero un día el Inka les dijo: “Les he enseñado muchas cosas, pero ahora yo también me voy a otro mundo, y antes de irme les voy a dejar de herencia *ñusute* (oro). Había abundante *ñusute* en algunos lugares, regado como arena; estaban distribuidos en las orillas de los ríos. “En los ríos les voy a dejar *ñusute*, en el río Pachitea, en Río Negro, en Karara y en otros ríos”. Los Unibo, tal como les había anunciado el padre Inka, recogieron oro en sus cestos y vasijas, tenían bastante oro, en cada esquina de la casa enterraron *ñusute*, también el oro servía para curar enfermedades, les había dicho el Inka: “El oro les va a dar energía para que vivan mejor”, se dice que mayor cantidad de oro habían recogido en las orillas del río Karara (*Zúngaro*).

El Inka, después de haberles dejado la herencia de oro, desperdigada en las orillas de los ríos, se fue junto a su pareja, surcando el Zúngaro Yaku; antes de partir les dijo: “Yo me voy surcando por este río hasta donde nacen estas aguas; si ustedes quieren visitarnos, pueden venir, allá no hay enfermedad, no hay plagas, la vida es tranquila, no hay pelea, no hay ofensas; hay toda clase de plantas y animales, y cuando el Sol empezaba a ascender en el horizonte, encima de Ucayali, el Inka y su pareja se despidieron, desapareciendo ante la triste mirada de los Unibo.

El viejo Uni, otro día, otro año fue a buscar al Padre Inka. También, antes, algunos cazadores también había intentado llegar a la cabecera del río, al lugar donde vivía el Inka. Los cazadores lo único que encontraron, fue toda especie de animales: aves, mamíferos, en medio del cerro, en la quebrada, en todas partes. Un abuelo había ido siguiendo a una huangana, no la pudo alcanzar; el animal, herido, huía, y cuando el hombre se asomó de una loma, en una hermosa pampa, el dueño de la huangana estaba curando la herida. Luego aparecieron muchas huanganas y se encaminaron hacia el bosque, el cazador siguió corriendo y veía la reproducción rápida de los animales; parían las hembras, las crías al nacer se levantaban e iban detrás de las madres, cuando sentían hambre, iban mamando los animales, no se detenían; el cazador supuso que, en medio de esa riqueza de animales y plantas vivía el Inka. Otros cazadores Unibo, posteriormente, al surcar por las cabeceras del Zúngaro Yaku, encontraron enorme cantidad de animales, en los pequeños ríos, abundante peces grandes; por todo esto los Unibo siempre han creído que en estos parajes vive aún el Inka y su pareja rodeado de abundancia. Los cazadores también vieron los túneles en las montañas, cerca de la Cordillera Azul. El Inka les había dicho que ellos caminaban por los túneles: “El túnel nos lleva a otras tierras” les había

manifestado. El Uni cazador se acordó de aquello, y al seguir una carachupa que iba cavando y abriendo agujeros atravesó al otro lado de la enorme montaña, pero había abajo, cayendo a otra tierra; por eso se piensa que el Inka sigue viviendo en la Cordillera Azul. Recuerdan los Unibo y los Kakataibo de las enseñanzas de su fabulosa herencia, de los mejores frutos que les ha dejado. En la cuenca del Zúngaro Yaku hay abundancia de frutas silvestres, frutas cultivadas que se pueden considerar como el huerto del Edén.

Hombres extraordinarios que vivían con los Kakataibos

Una vez tres jóvenes, en distintos momentos llegaron al pueblo de los Kakataibo, venían con ollas, y después se casaron con mujer de este pueblo, eran jóvenes de la misma raza que vivían en entrañas profundas de la selva. Eran extraños pero muy hábiles e inteligentes, y ante todo con mucha capacidad física. Uno de ellos, cuando quería comer el gusano de nombre *suri* no buscaba en el tronco del aguaje, iba al monte y se golpeaba el estómago haciendo sonar: “*Toman, toman, toman*”, y sobre una hoja tendida caían los suris; recogía y llevaba a casa y nunca faltaba *suri*. Este gusano le agradaba a la mujer y a su familia, vivían contentos; otro joven era un eximio cazador del pueblo, con una gran facilidad llevaba los animales y poseía una fuerza descomunal. Era fornido, podía cargar una sachavaca muerta. Era el hombre más fuerte, vivía con una mujer mayor que él, y al parecer no la quería. Ella sentía envidia de la fortaleza del hombre y de sus habilidades. Como le veía de cabellera larga al joven, un día cuando estaba dormido le lavó y le cortó los cabellos con la cortadera, le trasquiló los pelos; el joven, al darse cuenta, se enfadó y le increpó a la mujer: “¿Por qué me has cortado el pelo, por qué, por qué, por quééé ...?”. Gritaba con fuerza, desesperado. Se alejó, corría ... pronto empezó a elevarse, empezó a volar como un ave. Se fue al cielo, la mujer se lamentó de haber hecho daño sin mala intención. Ella lloró de pena al percatarse de que aquel joven de tanta fortaleza física nunca más volvería.

Otro joven era gran pescador, en el río encontraba toda especie de peces, ¿Cómo lo hacía?, nadie sabía. Parte de su secreto era extraer uno de sus ojos y lo dejaba encima de una piedra a orillas del río para que cuide los pescados apetecidos por los animales del bosque, y él seguía pescando con la ayuda de un solo ojo. La suegra y familiares, en vez de tener cariño, le tenían mucha envidia y planearon seguirle los pasos para descubrir su secreto; iban detrás de él, otro día encontraron el ojo del pescador puesto sobre una piedra, tanto era el odio que sentían decidieron destruirlo. “Vamos a reventarlo”, dijeron; cogieron piedras y machacaron el ojo. El hombre que estaba pescando lanzó gritos ensordadores, corría de un lado a otro quejándose de dolor; en esas circunstancias empezó a elevarse y voló lejos, desapareciendo en el firmamento. Antes de que ocurriera este hecho el pescador les había enseñado a pescar, a utilizar enredaderas que contienen veneno, con el cual pescaba en abundancia.

Otro joven era el mejor chacarero, sembraba abundante maíz, yuca, camote, maní, tenía plantaciones de árboles frutales, sembraba de todo, no le faltaba nada; tenía chacra en varios parajes; la suegra, que le tenía mucha envidia, le siguió los pasos. Quería saber cómo el yerno trabajaba, si tenía algún secreto. El hombre poseía mucha fuerza, para derribar los árboles se abrazaba del tronco con uno de los brazos y, con la otra mano, raudamente lo picaba con el hacha y así los tumbaba con gran facilidad. Así procedía para tumbar los árboles y fácilmente hacia chacras. La suegra, junto con sus hijos, vio cómo trabajaba el joven, y al contemplar de cerca se le aproximó, como mofándose y le dijo: “Así, así haces, así trabajas, así haces chacras, tienes tus herramientas ...”. El hombre, herido por la burla, se enfadó mas no respondió a las frases de la suegra; se alejó descontento, caminaba apresurado y extendiendo los brazos, pronto empezó a volar, desapareciendo en el espacio; la suegra, al darse cuenta de su actitud repugnante, se

lamentó. Era demasiado tarde.

La envidia y el egoísmo de las mujeres Kakataibo hizo que los jóvenes que vinieron a enseñarles y a ayudarles se fueran porque le dieron mal pago; esos jóvenes, ¿no eran aves transformadas en humanos que convivían eventualmente con mujeres Kakataibo? ...

De cómo un Nishibo vino a vivir con los Unibo

Se cuenta que un cazador Uni era experto en mitayar, era diestro en el manejo de flechas y otras armas, conocía muchas colpas de los animales silvestres y a menudo iba al bosque durante el día o la noche; colocaba los animales que cazaba en el lugar donde tenía su *chapana* o barbacoa, en medio de los árboles añosos. Se encontraba no lejos de la quebrada, casi siempre allí, acumulaba los animales muertos que traía, después de cazar e iba nuevamente a mitayar. En una ocasión, al retornar de una colpa, se percató que le habían hurtado su cacería (majases y carachupas). Días después sucedía lo mismo, faltaba uno o dos animales. Entonces, muy disgustado, quiso descubrir al autor del robo, tenía que ser un humano, no podía ser algún depredador. Trazó un plan certero: ir al monte para pesquisar y descubrir al autor del robo. El cazador se introdujo al interior de la selva virgen, anduvo buscando huellas y pronto encontró un paisano que venía del profundo bosque. Era un Nishibo (*Kamano*) que dormía profundamente entre las aletas de un árbol. Muy cerca, hervía agua en una olla. Al ver al Nishibo dormido que expelía ronquidos descomunales, decidió castigarlo. “¡Ah, dijo, tú eres el que roba mis majases! ¡Ahora, vas a ver! ...”. En seguida retiró la olla del fogón; el Nishibo seguía roncando, el cazador echó agua hervida en la cabeza del dormido. Este extraño personaje se despertó ni bien le cayó el primer arrojo, gritó de dolor, se retorció. El mitayero le dejó colérico: “Eso es para que no robes más mi cacería. ¡Jódete, por ladrón!”. El Nishibo, ante la agresión, no tuvo fuerzas para repelerla y atacar de inmediato al cazador. Este no esperó más, se fue apresurado; el hombre desconocido, denominado como Nishibo por los Unibo, venía de muy lejos, raras veces se le veía entre nosotros, “indios salvajes”. El Nishibo, en poco tiempo, sanó de sus heridas, pero sin cabellera. Se desprendió pelo a pelo, quedando calvo. Estaba furibundo, quería vengarse.

Otro día, el mismo Nishibo en sus andanzas vio al autor del ultraje, quien semanas antes le había quemado la cabeza con agua hervida. El Unibo se encontraba en una de las ramas del árbol *wito*, cogiendo y comiendo frutos maduros. Al ver al cazador le dijo: “¡Por fin te encuentro!, tienes que reparar mi herida, mis pelos. Si no quieres que te golpee arroja los frutos maduros que estás comiendo”. Es árbol que produce muchos frutos apetecibles, los indígenas lo tienen en mucha estima. El cazador vio al paisano y al notar su intención contestó de mala manera; “¡Oh, tú vienes siempre a joderme! Me sigues los pasos ... ¿Por qué no te largas a tu monte?...”. El Nishibo seguía insinuando para que arrojara las frutas que cogía, él botó los mangos de *wito*. “Yo también quiero comer ...”. El Uni contestó, molesto: “No te voy a dar nada, tú siempre andas por donde yo camino para fastidiarme, no te voy a dar nada ...”, entonces el Nishibo le respondió: “Si no me quieres dar los frutos de *wito* no te voy a dejar que bajes”. El cazador enfadó al Nishibo, y éste montó en cólera y amenazó: “Ahora te voy a agarrar”. El cazador sabía que el paisano no podía subir al árbol y le contestó: “Si puedes hazlo ...”

Piedra tomó la herramienta y empezó a cortar el tronco de *wito*, el árbol se movía con cada golpe que daba el indio, seguía cortando con más fuerza. El Uni, al ver la dificultad, estaba asustado, no sabía cómo huir, cada vez se movía más el árbol con los golpes que le imprimía el terrible Nishi. Al darse cuenta de que el *wito* se caía, saltó antes de que las ramas del árbol chocaran el suelo, y en forma casual se trepó en un animal que venía corriendo, pero el cazador pensó que era un hombre. Por eso se abrazó a él en su desesperación. Y el animal seguía corriendo llevando al cazador encima, pero el hombre

pronto se dio cuenta de que estaba pegado al cuerpo de un animal, no era una persona. Era un venado que iba gritando. El cuadrúpedo corría desesperado; en poco tiempo se aproximaba al monte donde vivía el cazador. Cuando el venado estaba muy cerca de la maloca, se arrojó y llamó con grito: “¡Viene un Nishi, viene un Nishi, júntense para pelear!”. El cazador, en seguida, llamó a los paisanos. Se reunieron de inmediato. Mientras tanto, Nishi estaba cerca, venía corriendo. Todos los Unibo se enfrentaron con golpes, con palos, con todo lo que pudieron; después de pelear buen rato lograron dominar al hombre del monte. A continuación lo amarraron para que no huyera. Era un hombre salvaje, pero de la misma raza de los Unibo. Estos le obligaron a quedarse y vivir con ellos, se acostumbró y se hizo de familia.



Foto 1.
Miembros
de la
comunidad
Kashibo-
Kakataibo